

ANA LAURA ZAVALA DÍAZ,
CUERPO, ENFERMEDAD Y ESCRITURA.
NARRATIVA MEXICANA DEL PORFIRIATO.
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO/INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
FILOLÓGICAS, 2021. 246 PP.

Si la reflexión sobre el cuerpo y la enfermedad ha representado una preocupación constante para todos los ámbitos culturales, el momento por el cual atraviesa la humanidad, en medio de una de las peores crisis de salud de los últimos tiempos, hace que dicha preocupación cobre una vigencia y actualidad inobjetable. En esta dirección, el libro de la investigadora mexicana Ana Laura Zavala Díaz aborda tanto los complejos procesos discursivos tejidos desde las esferas médicas y políticas alrededor de estos dos elementos, como las múltiples respuestas escriturales surgidas durante el periodo histórico de México conocido como Porfiriato (la permanencia de Porfirio Díaz en la presidencia por más de treinta años). Tales discursos y prácticas expresan fehacientemente las estrategias desplegadas por el poder para ejercer un control constante sobre los cuerpos ciudadanos por medio de uno de los temores más latentes en el ser humano: el de la enfermedad, el contagio y, con ello, por supuesto, el de la muerte.

El volumen abre con una esclarecedora “Introducción” donde la estudiosa traza con lucidez las directrices de su trabajo: la obsesiva presencia de lo corporal en la escritura del último tercio del siglo XIX devino en la dicotomía “cuerpo sano *versus* cuerpo enfermo” para, posteriormente, “resignific[arse] en el transcurso del siglo XIX, a la luz de los cambios emanados del fenómeno modernizador y de la crisis finisecular de la ciencia” (13); de este modo, se plantea la primera de las preguntas que guían la investigación: “¿Qué tensiones discursivas, estéticas y culturales se avizoran en esas ficciones donde la enfermedad es axial en la configuración tanto de los personajes como de sus historias?” (15). También en esta introducción Zavala Díaz establece uno de los presupuestos teóricos con los cuales entablará un fructífero diálogo: el concepto de campo intelectual, aporte fundamental del estudioso francés Pierre Bourdieu. Asi-

mismo, ofrece un panorama del contexto histórico que ayuda al lector a comprender cómo y por qué los escritores decimonónicos recurrieron a la patologización del cuerpo y al manejo de argumentos de cariz clínico en la configuración de sus creaciones.

El primer capítulo: “Estado y cuerpo en el México porfiriano finisecular”, ahonda en el entramado ideológico y político que explica el creciente predominio del saber médico en la sociedad mexicana del siglo antepasado. Para evidenciar las circunstancias que llevaron a la consolidación de un discurso organicista donde el cuerpo individual se correspondía con el cuerpo social, Zavala Díaz se vale de una figura clave en la influencia y la difusión de la doctrina positivista en nuestro país: Justo Sierra, prominente político miembro del gabinete porfiriano, quien no sólo reemplazó la “concepción de la sociedad como una gran familia por la de un cuerpo compuesto de diversos órganos interdependientes” (p. 43), sino que propuso –con éxito– una “política profiláctica” cuya finalidad fue erradicar males nacionales atávicos, esto es, prevenir y extirpar, como si de un organismo se tratara, todas aquellas “patologías sociales” que representaran una amenaza para el progreso y el buen gobierno. Las ideas de Sierra encontraron campo fértil en las estrategias públicas del Porfiriato, las cuales, en consonancia con la progresiva secularización del cuerpo, derivaron en la normativización de lo que el Estado juzgaba como un individuo sano: aquel apto para reproducirse y trabajar, lo cual lo volvía de manera inmediata en un ciudadano moralmente bueno “pero, sobre todo, medido y nacionalista”. Esta concepción del sujeto sano encuentra su contrapartida en la figura del artista, tachado de hipersensible, y cuyo “exceso de imaginación” representó un síntoma de su propensión hacia las enfermedades mentales, e incluso, al decir de la investigadora, “en otro nivel, los dotó de una ‘naturaleza’ ambigua (femenina-masculina) que resultaba sospechosa y poco confiable” (p. 67), de aquí la necesidad de regular su comportamiento, con el propósito de que tanto éste como sus creaciones no se opusieran a los anhelos desarrollistas del Estado. Asentar las consideraciones anteriores resulta uno de los principales aciertos de este trabajo, pues permite al lector comprender con claridad el origen y la finalidad de esta apropiación del cuerpo por parte del poder, así como las estrategias, ya fueran de asentimiento o de resistencia, ensayadas desde la escritura.

El segundo capítulo de este volumen: “Del caso clínico al caso literario”, indaga en las influencias y prácticas que suscitaron el “traslado” del método utilizado para estudiar un caso clínico (descripción del paciente, búsqueda de las causas de la enfermedad, diagnóstico y tratamiento) al entorno de la escritura. En este sentido, la repercusión de las ideas del escritor y médico húngaro Max Nordau (discípulo del también médico Cesare Lombroso), expuestas en su famoso tratado *Degeneración*, explica varias de las nociones que alimentaron el imaginario patologista en torno a la escritura. En este apartado, Zavala Díaz despliega una exhaustiva investigación hemerográfica que pone en evidencia la importancia de la prensa periódica no sólo en la difusión entre un público mayor de las ideas científicas en boga, sino para el reconocimiento y la

sanción de las expresiones escriturales. Asimismo, la especialista confronta y enriquece los estudios que sobre problemáticas similares se han realizado en otras disciplinas y latitudes del continente, trabajos como los de Sylvia Molloy, Beatriz González Stephan, Beatriz Urías Horcasitas, Gabriela Nouzeilles, Rafael Huertas García-Alejo, entre muchos otros, son aprovechados en este ensayo para conformar un aparato teórico amplio e interdisciplinario, en paralelismo con la complejidad del tema tratado.

De acuerdo con Zavala Díaz, en un grupo específico de escritores: los modernistas, en su corriente denominada decadentismo, se cifró la mayor parte de los ataques de la línea conservadora del país, misma que calificó la temática y el tratamiento de las obras de estos artistas como desviaciones, productos de mentes enfermas, atrofiadas por los excesos de sensibilidad, es decir, atacadas por el llamado “mal de fin de siglo”. Las enconadas polémicas entre adeptos y detractores presentes en los periódicos más importantes de la época dan cuenta de la creciente tensión entre el campo médico y el literario, pues tal como argumenta con tino la estudiosa mexicana: “Se habían afianzado ya en el ambiente intelectual la hegemonía de prácticas sociales y discursivas de naturaleza médico-cientificista y, con ello, la estabilización de nuevas categorías de valoración estética, basadas en el enfrentamiento entre lo sano y lo enfermo, lo normal y lo anormal, lo viril y lo afeminado, lo nacional y lo cosmopolita” (p. 107).

El tercer capítulo, “Retóricas realistas de la enfermedad. El caso de Porfirio Parra”, expone con detalle un caso paradigmático en el establecimiento de una “literatura sana”. Se trata aquí del análisis de la novela *Pacotillas* del médico y escritor Porfirio Parra. En esta obra, Parra desplegó sus conocimientos médicos para atribuir a la tríada determinista –herencia, medio y circunstancias– la incapacidad del protagonista para adaptarse al medio y, debido a ello, sucumbir. Novela desigual y altamente adoctriante donde la asociación del arte con la locura y la exhibición de los males sociales (alcoholismo, prostitución y crimen) constituyen, empero, una crítica certera –de la cual quizá el autor no se dio cabal cuenta– hacia “un ambiente sociopolítico marcado por la corrupción, la prepotencia y los intereses creados” (p. 154). Narrada a la manera de un caso clínico, *Pacotillas* representa la insidiosa invasión de la mirada médica en la creación artística.

El cuarto capítulo: “Retóricas decadentistas de la enfermedad: el caso de Bernardo Couto Castillo”, se ocupa del análisis de la manifestación contraria, el cuento “Blanco y rojo” del *enfant terrible* del decadentismo mexicano, Bernardo Couto Castillo. El relato, inserto en la lógica de un mercado editorial que ha comenzado a explotar el interés del público por lo mórbido, trata precisamente de un asesinato, sin embargo, Alfonso Castro, narrador y personaje central, insiste en despojar su crimen de cualquier viso de “vulgaridad” y, en cambio, propone su ejecución como un acto “puramente” estético. Para visibilizar las distintas tensiones que atraviesan este “caso”, Zavala Díaz realiza un excelente ejercicio de “dissección” del cuento en cuya estructura se imbrican varios registros, desde la confesión hasta, de nueva cuenta, el caso clínico, pero con un sentido contrario al expresado en *Pacotillas*, es decir, “Blan-

co y rojo” deviene manifiesto artístico que busca la resignificación del cuerpo, de la enfermedad y de la misma realidad, “mediante el ejercicio exclusivo del arte”.

Además del interesante examen de las complejas prácticas políticas, históricas y artísticas que atraviesan y signan el final del siglo XIX mexicano, este volumen ejemplifica con inteligencia notoria un modelo de investigación en cuya organización se saca provecho del material hemerográfico, del diálogo con la crítica nacional y latinoamericana, lejos del empleo arbitrario de términos críticos de moda que poco o nada tienen que ver con la realidad de nuestro país y de su tradición escritural. *Cuerpo, enfermedad y escritura. Narrativa mexicana del Porfiriato* se presenta, entonces, como un estudio de obligada lectura en tiempos en que la enfermedad, el contagio y su entrecruce con el poder se erigen como una amenaza constante, peligro para el cual el arte siempre ha tenido una respuesta poderosa y necesaria.

Raquel Mosqueda Rivera

Universidad Nacional Autónoma de México